



LOS
VIGILANTES
DE LA
ATLÁNTIDA

LUIS E. IÑIGO

Cydonia

Los vigilantes de la Atlántida

Luis E. Íñigo



Ediciones Cydonia S.L.
<http://www.edicionescydonia.com>
Apartado de Correos 222
O PORRIÑO- Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2017
© Luis E. Íñigo
Primera edición, octubre de 2017

Corrección de estilo: JGB
Diseño de cubierta: Ignacio Docampo

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-947223-3-2
Depósito Legal: VG 618-2017
Imprime: Reprográficas Malpe

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

«¿Cómo una sociedad que en otro tiempo fue tan poderosa pudo acabar derrumbándose? ¿Cuál fue el destino de sus habitantes? ¿Se mudaron (y, en ese caso, por qué) o perecieron de algún modo desagradable? Tras este romántico misterio se esconde una idea acuciante: ¿podría un destino semejante cernirse finalmente sobre nuestra sociedad opulenta? ¿Contemplantán algún día los turistas perplejos los herrumbrosos restos de los rascacielos de Nueva York como contemplamos nosotros en la actualidad las ruinas de las ciudades mayas cubiertas por la jungla?»

Jared Diamond. Colapso (2005).

Prólogo

9564 A.C.,
ATLÁNTICO OCCIDENTAL.

Mientras su embarcación enfilaba decidida la inmensidad del océano, Lhasa, reverendo Guardián Supremo del Quinto Círculo de Aztlán, miraba con tristeza las doradas costas que se difuminaban poco a poco en la distancia.

Ni el molesto cabeceo de la nave, que avanzaba a toda velocidad, levantando a su paso olas de espuma, ni los estridentes gritos de sus tripulantes, afanados en sus tareas, podían sacarle de su ensimismamiento. En su espíritu reinaba la profunda pesadumbre de quien sabe que jamás regresará a casa; más aún, la gélida desolación de quien intuye que pronto no existirá una casa a la que regresar.

Empezaba a pensar que merecía el destino que los dioses le deparaban. Había fracasado por completo. Su mente era incapaz de encontrar argumentos, ni siquiera pretextos, capaces de acallar su conciencia. Tampoco lo pretendía. En realidad, era responsabilidad exclusivamente suya alertar a sus conciudadanos del peligro que se cernía sobre ellos. Y lo había intentado, los dioses eran testigos de que lo había intentado, poniendo en la tarea hasta la última de las poten-

cias de su alma. Pero no supo cómo hacerlo. Su pueblo no le había escuchado; quizá ya no escuchaba a nadie. Sus oídos, antes sensibles a la sutil llamada del espíritu, no atendían ahora a otra voz que la de la carne. Ebrios de riqueza y poder, se sentían libres para apurar hasta las heces la copa de la vida.

Con precisa nitidez —se encontraba ya en esa edad, traicionera pero apacible, en la que el pasado remoto se evoca con mucha mayor claridad que el inmediato— evocó los años felices de su primera juventud. Como en una de aquellas añejas películas de cine en blanco y negro, sintió proyectarse en su mente el día, lejano pero aún intenso en su recuerdo, de su ingreso como novicio del Primer Círculo. Y enseguida, como en un enorme primer plano, tomó forma el rostro siempre tranquilo de su maestro, el venerable Kirón, su guía y compañero inseparable durante los cinco largos años de su aprendizaje como Guardián de Aztlán.

—Lhasa —escuchó una vez más decir a su mentor—: has de saber que el camino que escoges no es sencillo, sino tortuoso y arduo. El pueblo de Aztlán está desorientado. Las gentes corren sin cesar en pos de sus deseos, y sienten, tan pronto los alcanzan, el inquieto agujijoneo de nuevos e intensos apetitos. No hacen sino perseguir el viento, y sus corazones, siempre insatisfechos, se alejan cada vez más de la verdadera felicidad, que solo nace de la paz del espíritu. La ciencia, antaño servidora del progreso, se ha tornado ahora esclava del capricho, y temo que, sin una luz que guíe sus pasos, termine por volverse contra los mismos hombres a quienes está llamada a servir. Los días que han de venir cubrirán Aztlán con un velo de profundas tinieblas que nublarán el entendimiento de los mortales y sumirán su alma en la confusión.

—Maestro —le había respondido él entonces, incapaz, como de costumbre, de apartar su atención de aquellos ojos de mirar intenso y cautivador—, ¿no es bueno que las personas tengan cuanto desean? ¿No es mejor la riqueza que la pobreza, el exceso que la necesidad? ¿Acaso eran más felices los atlantes en aquellos tiempos, por fortuna ya lejanos y olvidada-

dos, en que sufrían el hambre y la miseria, y se abatían sobre ellos el sufrimiento y la muerte?

—No es eso, hijo mío —los ojos de Kirón adoptaron una mirada de dulce condescendencia—. En verdad te digo que la riqueza, como la ciencia, no es buena ni mala en sí misma. Es tan sólo un medio. Podemos servirnos de ella para practicar el bien, pero también puede corromper nuestros corazones y someterlos a la esclavitud.

»En estos días —prosiguió tras descansar un momento su voz cansada por el peso de la edad— los hombres usan mal de la riqueza, pues han permitido a la codicia reinar sobre su alma. Ya no ocupan su mente en ideas elevadas; solo les interesa la satisfacción inmediata de sus pasiones. Eres todavía muy joven. La sensual llamada de la carne conserva mucha fuerza aún en tu corazón ardiente. Pero recordarás estas palabras en el futuro, cuando los años hayan atemperado en tu espíritu la fogosidad de la juventud, y entonces comprenderás lo que ahora te digo.

Recordaba con exactitud aquella predicción, que, sin esperar una respuesta, había quedado flotando en el aire hasta disiparse poco a poco, como una tenue niebla matinal. Muchas veces había pensado en ella después, cuando, muerto ya su maestro, pudo al fin entender la profunda verdad que encerraban sus palabras; cuando, convertido él mismo en maestro de novicios, hubo de empeñar sus fuerzas en mostrarles la luz en medio de unas tinieblas que se hacían a cada momento más impenetrables.

La primera en sufrir los desmanes de los atlantes fue la naturaleza. El consumo desbocado requería a cada paso más y más recursos con que alimentar el hambre insaciable de las fábricas que producían día y noche. Se talaron los bosques; las minas se agotaron; los ingentes residuos tornaron insalubres las aguas de ríos y lagos e impregnaron el aire de fétidos miasmas. Incluso el inmenso mar de aguas cristalinas se volvió en torno a Aztlán un piélago oscuro y nauseabundo. Entonces llegaron los primeros avisos, despacio al principio, acelerando después la cadencia de sus manifestaciones. El clima, antes

suave, alteró la sucesión ordinaria de sus estaciones. El verano se prolongó mientras el invierno se acortaba, desdibujando la primavera y el otoño. Las sequías se hicieron frecuentes e intensas. Los campos rendían cosechas cada vez más raquílicas. Pero nadie escuchaba los agudos gritos de dolor del planeta maltratado. Ávidos de placer los insaciables espíritus de las masas, los gobernantes ordenaron a los sabios que buscaran nuevas fuentes de energía. La aleación sagrada, el oricalco, reservada hasta entonces para revestir de majestad las venerables efigies de los dioses, fue también sacrificada en el altar del consumo. Poco importó que en el proceso se lanzaran nuevos y viciados hollines al aire ya torturado. Las máquinas siguieron funcionando sin descanso, y los hediondos vientos empezaron a extender por doquier la enfermedad.

A nadie le preocupaban aquellos cambios. Los médicos de Aztlán podían triunfar sobre cualquier mal que pudiera atacar al cuerpo, tan grande era entonces su conocimiento. Pero de los males que aquejan al espíritu parecían ignorarlo todo, y por eso no comprendieron cuán obsesiva e insana se había vuelto para los atlantes la búsqueda del goce. La decadencia se agudizó. El desprecio por la naturaleza condujo bien pronto al desprecio por el saber. Primero se abandonaron sus ramas más especulativas, aquéllas que no garantizaban el rápido acceso a la riqueza o el poder. La filosofía y la historia cayeron en el olvido, tenidas por disciplinas muertas, o consideradas pasatiempos eruditos e intrascendentes. Los niños, siguiendo el ejemplo de sus padres, se interesaban tan sólo por los saberes prácticos. Por un tiempo, la economía, la física o la ingeniería conocieron un gran auge. Pero fue solo el principio. No mucho más tarde, incluso estas ciencias fueron abandonadas. El conocimiento exigía esfuerzo. Pero el esfuerzo se había convertido en innecesario, incluso aborrecible, para unas gentes educadas, generación tras generación, en la creencia de que les asistía el derecho a recibirlo todo por el mero hecho de existir.

La crisis alcanzó pronto a las instituciones más venerables. Los lazos milenarios que mantenían unidas a las fami-

lias empezaron a disolverse. La búsqueda obsesiva del placer se compadecía mal con el compromiso, el sacrificio y la entrega que la pareja humana necesita para pervivir en el tiempo. El vínculo entre hombre y mujer, que los antiguos tuvieron por sagrado, se tornó un simple contrato con fecha de caducidad. La descendencia, antes motivo de orgullo, se vio enseguida como una carga que nadie deseaba soportar sobre sus hombros. Los gobernantes, preocupados por la caída de la natalidad, trataron de sostenerla mediante ayudas. Las campañas de propaganda pronatalista martilleaban sin pausa los oídos de los atlantes. No sirvió de nada. Los hijos exigían tiempo. Requerían horas que arrebatara al consumo desbocado, el cuidado obsesivo del cuerpo y las relaciones numerosas y superficiales que iban convirtiéndose en habituales entre las gentes. Los ciudadanos de Aztlán estaban cada vez más vacíos. Esclavos del consumo y siervos del placer, lacayos del marasmo y la apatía, parecían a cada momento menos dispuestos a apostar con confianza por el futuro y hacer sacrificios en su nombre.

El amor a los dioses fue olvidado. Los templos, abandonados y desiertos, se cubrieron de telarañas, y en sus inmensas salas, que antaño retumbaran con el eco de miles de voces elevando al unísono himnos a la divinidad, solo se oía ahora la envejecida salmodia de los pocos Guardianes que aún oficiaban en soledad sus ritos seculares. Enseguida retornó la superstición, presta a llenar el vacío que la religión dejaba. Los viejos valores, relegados con rapidez, no hallaron otros que ocuparan su lugar. Y entonces, las conductas antisociales, que parecían extirpadas para siempre, se extendieron de nuevo como un reguero de pólvora. Los robos, los asesinatos, las violaciones, el consumo de sustancias que convierten al hombre en un esclavo sin voluntad, borrados ya de la memoria de los atlantes, irrumpieron en sus vidas con fuerza renovada. La desconfianza contagiaba los corazones como un virus letal. Nada se ofrecía sin esperar algo a cambio. Cada individuo veía en los otros tan sólo medios para obtener sus propios fines.

Perdida la fe, perdida la ilusión, perdido el verdadero amor por la vida, las gentes buscaron con desesperación nuevas deidades a las que entregar su lealtad a cambio de un poco de sentido para su existencia. La raza, la facción o el partido fueron, como antaño, elevados a los altares y reverenciados como dioses. Las semillas de la discordia, sembradas en terreno propicio, tardaron poco en germinar. Las querellas intestinas se multiplicaron. Cada bando despreciaba al otro, rechazaba la humanidad de quienes lo sostenían y, dado ese paso, se permitía someterlos a las más espantosas vejaciones y torturas. Los dioses identitarios, soberbios y exigentes, reclamaban su ración de sacrificios humanos. Aztlán se sumió enseguida en los horrores de la guerra civil.

La vieja profecía, que se remontaba a la noche de los tiempos, en los orígenes de la Cuarta Raza de los hombres, empezaba a cumplirse. Lhasa no había necesitado libros para recordarlo. Cuando pudo evocarlas por primera vez, las palabras sagradas se grabaron en su mente con la permanencia de una inscripción tallada en mármol. Estaba escrito:

«Cuando comience a dominar en ellos el carácter humano, cuando en ellos empiece a disminuir el principio divino, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad, caerán en la indecencia. Será entonces cuando crean ser realmente bellos y dichosos, poseídos como de una avidez injusta y de un poder sin límites, pero la verdadera felicidad será ajena a sus corazones corrompidos. Estad preparados, porque los días de la Cuarta Raza tocarán entonces a su fin».

La terrible explosión devolvió a Lhasa al contacto con la realidad. Una inesperada onda de choque, brutal como la embestida de una bestia enloquecida por la rabia, golpeó la nave con fuerza inusitada. Cuantos se encontraban en cubierta sintieron que el aire les aplastaba. Luego, una repentina ola de calor y una súbita ráfaga de viento huracanado barrieron sucesivamente el océano, levantando tras de sí olas como montañas. Estridentes e incontrolables, los gritos de terror brotaron a su alrededor. Una inmensa bola de fuego, que brillaba con la intensidad de mil soles, había aparecido en el ho-

rizonte, justo en la dirección en la que se encontraba Aztlán. Enseguida, el deslumbrante objeto fue transformándose en una masa de nubes purpúreas que empezó a elevarse hacia las alturas, coronándose en un denso nimbo de humo blanco. Un hongo gigantesco cubrió entonces el cielo, imprimiendo en las retinas de aquel público forzosamente y atónito una imagen a la vez maligna y extraña, nunca antes contemplada por ojos humanos.

Como una letanía aprendida hasta el inconsciente después de infinitas repeticiones, acudieron a la mente de Lhasa las palabras que continuaban la profecía:

«Los dioses decidirán entonces acabar con la estirpe de los hombres, pues han conocido los secretos de los ángeles y toda la violencia de los demonios y todos sus poderes secretos y todos los poderes con los que hacen maleficios. Por ello enviarán su castigo, y llegará la esterilidad en el extremo de un gran carro de fuego, y por un tiempo la Tierra tendrá dos soles. Sabed que ésa habrá de ser la última señal».

Los gritos no cesaban. Algunos miembros de la tripulación, que trabajaban con el torso desnudo para facilitar sus movimientos, se quejaban de súbitas y profundas quemaduras que habían brotado en su piel sin motivo aparente. Otros, cegados sin remedio por la intensidad de la luz, se frotaban los ojos con violencia, tratando de devolverles la vista mientras lanzaban alaridos de desesperación. Todos los dispositivos electrónicos de navegación del barco se detuvieron, como congelados en el tiempo por obra de un dios caprichoso y voluble. El caos se apoderó de la nave, convertida de pronto en un juguete roto, condenada a sufrir sin defensa los embates de las desbocadas olas. El cerúleo espectro de la muerte, que sin duda se cernía aquel día sobre Aztlán, parecía haberse detenido un momento en su camino para asegurarse de que nada quedaba con vida tras su paso.

Sólo Lhasa conservó la calma, quizá porque era el único que acertaba a comprender algo de lo que estaba sucediendo. Lúcido hasta lo inverosímil, sin reparar apenas en las úlceras y ampollas que se habían formado sobre sus manos desprote-

gidas, recordó haber leído algo sobre los mortíferos efectos de una nueva arma dotada de un inimaginable poder de destrucción. Lo recordó, precisamente, porque había sido aquella noticia la que dispó sus dudas, convenciéndole de que la profecía estaba a punto de cumplirse. El fin de los días había llegado. Tan solo unas pocas horas después, convocaba con urgencia a los Guardianes del Quinto Círculo y les exponía su convicción y su propuesta: Aztlán no sobreviviría; no quedaba más salida que abandonarlo.

Las discusiones que se habían desatado entonces parecieron no tener fin. Los catorce guardianes que, junto a él, integraban aquel cenáculo de mentes privilegiadas, las últimas luces en un mundo de oscuridad, se dividieron en dos bandos que trataban de persuadirse mutuamente. Los más pobres argumentos se revistieron con complejos alardes oratorios; la más barroca de las formas disfrazó el más nimio de los contenidos. La vanidad, el ansia de notoriedad y la búsqueda obsesiva del reconocimiento ajeno parecían haber contaminado también con su nociva influencia aquel último reducto de las viejas virtudes.

Podía habérselo hecho ver así a sus colegas. Quizá, como Guardián Supremo, debía haberles recriminado su actitud. Podía incluso haber zanjado la discusión con el voto de calidad que le otorgaba la inmensa autoridad espiritual de que gozaba entre sus iguales. Pero no lo hizo. Ya era tarde para eso. Urgía tomar una decisión, trazar un plan y ponerse a trabajar para llevarlo a la práctica. Por ello dejó a cada guardián libertad para obrar como mejor le pareciese, y declaró concluida la reunión. Si ni siquiera aquellas mentes preclaras alcanzaban a entender lo que pasaba, sin duda los días de Aztlán habían tocado a su fin. No tenía sentido perder tiempo en discusiones.

Las jornadas siguientes presenciaron un trabajo abrumador realizado bajo la presión de una indescriptible urgencia. Él, y quienes como él estaban convencidos de la inminencia del fin, emprendieron la tarea de recopilar los vastos saberes atesorados por las incontables generaciones de atlantes que

les habían precedido. La tecnología, que habría de ser el ciego verdugo llamado a ejecutar la sentencia inapelable dictada ya sobre aquel mundo, serviría también para preservar su conocimiento. Gracias a los modernos ingenios de procesamiento y almacenaje de datos, el equivalente a un millar de bibliotecas henchidas de sabiduría quedó pronto archivado en ligeros discos de oricalco.

Después llegó el momento de organizar la logística del viaje. Habría que armar naves, cargarlas con provisiones e instrumentos imprescindibles, seleccionar hombres y mujeres dispuestos a embarcarse en ellas, y escoger un destino al que enviarlas. No había mucho tiempo, así que, para diversificar el riesgo, se decidió dispersar las metas, alejándolas entre sí cuanto fuera posible. Los siete guardianes que se habían mostrado de acuerdo con Lhasa quedaron al mando de sendas expediciones y se ocuparon de tomar cuantas decisiones se precisaran para conducirlos a su objetivo. Cada uno de ellos recibió entonces un destino en las lejanas tierras pobladas por bárbaros y se aleccionó a su tripulación con instrucciones precisas sobre lo que habrían de hacer cuando lo alcanzaran.

Cada colonia de atlantes debía servir de núcleo a una nueva ciudad, atraer a ella un nutrido grupo de indígenas y educarlos en los sagrados principios y las viejas formas de conocimiento que habían dado a Aztlán su perdida grandeza. Lo más precioso de la tradición atlante quedaría así preservado y, por cuarta vez en su Historia, el progreso global de la humanidad no se interrumpiría. Aquellos hombres y mujeres, a la postre humildes individuos, pero protagonistas de un éxodo diminuto y selecto, portarían sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de salvar el corazón y la mente de un mundo cuyo cuerpo perecía sin remedio.

A nadie extrañó pues, que, llegado el momento de partir, los peregrinos sintieran sus corazones atenazados por una confusa mezcolanza de sentimientos contrapuestos. Embargó sus almas la inefable congoja de una despedida que sabían definitiva, pero también la esperanza inquieta de quien se apresta a fundar un mundo nuevo. Brotó en sus espíritus la

nostalgia presentida de quien pierde en un instante cuanto le ata a su pasado, pero nació a un tiempo en ellos el orgullo apenas intuido del que se siente protagonista de un acontecimiento histórico. Nadie acudió a despedirlos. Partieron solos hacia tierras lejanas sabiéndose entregados a un destino incierto. ¿Pero cómo lamentarlo cuando en sus mentes se había instalado la certeza, mucho más lamentable, de que nada dejarían tras su marcha?

De eso hacía tan sólo unas horas y, sin embargo, parecía haber transcurrido no menos de un año entero. La brutal detonación de aquel ingenio y sus trágicos efectos sobre la nave lo habían cambiado todo. ¿Quedaba ahora lugar para la esperanza? ¿Cabía soñar siquiera en alcanzar un destino a miles de estadios de distancia con un barco convertido en chatarra, capaz aún de flotar, pero no de dirigir su rumbo? Lhasa pensó en sus compañeros del Quinto Círculo: Man-U, el sabio; Deucalión, siempre tan voluntarioso y decidido; el venerable Viracocha, de prudencia reconocida por todos; Kukulcán, aún joven y fuerte; Atram-Hasis, reflexivo y circunspecto; Osiris, el silencioso; Quetzalcóatl, el emplumado... ¿Habrían sufrido sus naves un destino semejante? ¿Les habría sorprendido aquella asombrosa liberación de energía aún más cerca de Aztlán, desintegrándolas sin remedio? ¿O quizá habrían logrado alejarse más de la isla condenada, hurtando su destino a un veredicto inapeable?

Nunca lo sabría.

I

Voces del pasado

«A propósito de lo referido, decíanme los egipcios a una con sus sacerdotes, y lo comprobaban con sus monumentos, que contando desde el primer rey hasta el sacerdote de Ptah, el último que allí reinó, habían pasado en aquel período trescientas cuarenta y una generaciones de hombres... Contando, pues, cien años por cada tres generaciones, las trescientas referidas dan la suma de diez mil años, y con las cuarenta y una que restan además componen once mil trescientos cuarenta años».

HERODOTO.
Los nueve libros de la Historia.
CXLII.

1

2 DE MARZO DE 2007.

CAMPAMENTO DEL IEEF*, LUXOR, EGIPTO

El sol se despedía, como cada atardecer, envuelto en el cálido abrazo de un sinfín de tonalidades rojizas. David Donnelly, cuya figura, enorme pero ocre y polvoriento, se mimetizaba sin dificultad en la paleta de oscuros amarillos y blancos sucios del paisaje egipcio, aspiraba con placer el aire fresco que anunciaba la gélida noche del desierto. Aquél era su momento, su perfecto oasis de calma total, de paz absoluta en medio de la estridente algarabía en la que transcurrían sus interminables jornadas de trabajo.

Llevaba ya cinco meses en Egipto. En apenas cuatro semanas se hallaría de regreso en España, envuelto en la monotonía de sus clases en la universidad. Así había transcurrido siempre su vida, o al menos lo parecía. Después de casi veinte años ofrecido en cuerpo y alma a la egiptología, no recordaba haber conocido otra. Tan absoluta había sido su entrega, tan

* *Instituto de Estudios del Egipto Faraónico. En la novela, una institución privada dedicada a financiar excavaciones arqueológicas, tesis doctorales y publicaciones relacionadas con el Antiguo Egipto. En la realidad existe un organismo parecido, el Instituto de Estudios del Antiguo Egipto, en el que me he inspirado para crear la citada institución (Nota del autor).*

completo su sacrificio, que todo lo demás se había ido difuminando en torno suyo hasta desaparecer.

Casi sin darse cuenta, había perdido a su esposa, que lo había abandonado cinco años atrás, hastiada ya de sus interminables ausencias. No podía reprochárselo. Desaparecía de su lado mientras transcurría la temporada de excavaciones, entre octubre y marzo de cada año, seis meses de lejanía que a ella le resultaban insoportables. Pero las cosas no mejoraban mucho con su regreso, que tan sólo tornaba espiritual la distancia física. Estando a su lado, incluso frente a frente, su mirada se perdía y su corazón y su mente volaban hacia el país del Nilo como el alma de un faraón difunto aleteaba en pos de su etéreo hogar en el oscuro mundo de los muertos.

No, no podía reprochárselo. Con Ana había disfrutado, en especial en los primeros momentos de su relación. Sus cuerpos se habían adaptado uno al otro con misteriosa exactitud, como si la naturaleza los hubiera diseñado con el único fin de fundirlos cada día en el crisol de una pasión incontrolable. La había deseado mucho; a su modo, incluso había llegado a amarla... pero Ana no le había hecho soñar. Sólo Egipto encendía su espíritu con el ardor de la ilusión. Aquella cultura milenaria, envuelta todavía en un halo de misterio, ejercía sobre él un efecto mágico. Era tal su poder, que incluso parecía convertirlo de nuevo en un niño ansioso de descubrirlo todo, de comprenderlo todo. Por Egipto se levantaba cada mañana de la cama con un salto y por Egipto volvía a ella, rendido, después de una larga jornada en la que le entregaba hasta la última de sus fuerzas. Ninguna persona había sido ni sería capaz de despertar en él un delirio semejante.

Quizá por ello no quedaba en su alma mucho espacio para el amor. Pero sí tenía todavía en ella un lugar para el dolor, una palabra que siempre le conducía sin atajos, como un resorte automático y bien engrasado, al recuerdo de su hija. No la había visto crecer; apenas pasó nunca tiempo a su lado. No guió sus primeros pasos ni escuchó sus primeras palabras. Su firme mano de padre no sostuvo el manillar de su bicicleta mientras ella trataba con encantadora torpeza de conservar

el equilibrio. Pero era su hija. Había algo especial, inefable, telúrico, en ese vínculo; algo que nada, ni el espacio ni el tiempo, podría romper. Por eso le dolía recordar la forma en que su relación se había reducido ya a unas cuantas conversaciones telefónicas y unas pocas visitas de compromiso, que su rebelde naturaleza adolescente habían ido espaciando cada vez más. Nunca había cumplido en eso el acuerdo de divorcio, ni Ana se lo había exigido. Y ahora eran casi dos extraños. A él le faltaban las fuerzas para arreglar la situación, y se sentía culpable, inmensamente culpable por ello.

El lejano bullicio del campamento, los estridentes gritos elevados sobre el fondo impresionista de la machacona música, le arrancaron con brusquedad de sus ensoñaciones. Era viernes, el día sagrado de los musulmanes, y por tanto la única jornada de descanso que se permitían, más por imposición de las autoridades que por otra cosa, en el ritmo agotador de la campaña. La paz se había roto, pero lo agradeció. Sus reflexiones estaban tomando un rumbo peligroso. Y cuando eso ocurría, su cuerpo, solícito en exceso, parecía acudir en ayuda de su alma. Indefectiblemente, terminaba acodado sobre la barra del bar más cercano, donde trataba sin mucho éxito de ahogar sus penas en alcohol. O se aferraba al volante de su coche, que conducía como un poseso hasta que lograba meter en vereda sus pensamientos. Y así hasta la próxima vez. No, esa noche no iba a permitirlo. Quizá sería mejor buscar un poco de compañía, para variar.

Como si el divino Atón hubiera leído sus pensamientos, David acertó entonces a ver a la tenue luz del crepúsculo la figura desgarrada de Sonia, su ayudante principal en la dirección de aquel proyecto. Hacía ya dos temporadas que trabajaban juntos, y desde entonces no había dejado de despertar en él una sensación extraña, paradójica, compuesta por inconexos retazos de emociones a los que no acababa de encontrar sentido del todo. Afinidad intelectual, indiferencia física, respeto, incluso admiración profesional, y un cierto afecto confluían en un confuso dédalo de sentimientos del que parecía ir brotando, poco a poco, una peculiar pero sincera amistad.

Desde luego, no era su cuerpo lo que le atraía de ella. De ningún modo podía considerársela una mujer hermosa, ni siquiera de alguna manera atractiva. Era alta, casi como él mismo, y delgada, sin duda demasiado para su gusto de inveterado amante de las curvas femeninas. El pelo, oscuro sin ser negro, y cortado a lo *garçon* sin otro objetivo que el de facilitar su cuidado diario, restaba feminidad a un conjunto que no andaba ya de por sí muy sobrado de ella. Los pechos, apenas prominentes, y los hombros, huesudos y rectilíneos, eran más propios de una adolescente apenas salida de la pubertad que de una mujer a punto ya de abandonar los años de su primera juventud. Y el rostro, anguloso en exceso, parecía delineado tan sólo para desviar la atención hacia unos ojos grandes, intensos, oscuros como el alma de un asesino, y a un tiempo misteriosos y magnéticos. No resultaba fácil esquivar su mirada, capaz de diseccionar el alma como el bisturí de un forense lo haría con un cadáver.

Y eran esos ojos los que ahora lo observaban con una expresión divertida, intensificada por una graciosa sonrisa a medio camino entre la compasión y la burla, lo bastante amplia para dejar apenas entrever unos dientes perfectos y blanquísimos que no habían conocido nunca el tabaco ni el chocolate. ¡Qué diferentes eran! Los dos amaban Egipto, desde luego, pero ella parecía tan fría, tan autosuficiente...

—¿Qué, jefe, otra vez de cháchara con los faraones? —dijo Sonia con buen humor mientras se sentaba a su lado en el pequeño desnivel del terreno que servía a David de improvisado asiento—. ¿No te parece que ya es hora de que les dejes dormir un poco? ¿Qué tal si regresas al mundo de los mortales y mantenemos una conversación sobre algún tema banal, para variar?

—Vaya, surges de la noche, como un espectro del Tártaro, y pretendes que hablemos sobre algo... ¿cómo has dicho? ¿Banal? Además, ¿cómo te presentas aquí sin una copa? Sabes que ésa no es una buena manera de empezar algo conmigo.

—A ver, a ver, vayamos por partes. Primero, yo no tengo la más mínima intención de empezar nada contigo. Sería dema-

siado para mí una relación con un hombre y tres mil años de Historia ¡Ya sabes lo celosa que soy! Y segundo, te creo de sobra informado de que nunca bebo ni una gota de alcohol. Eso lo dejo para los espíritus débiles, que necesitan apoyarse en fantasmas como las drogas, la religión... A una persona madura y equilibrada le basta con su razón para afrontar el mundo. Los bastones son para quienes los necesitan.

—¡Eh, para, para! —David sintió como si aquellas frases fueran dirigidas especialmente contra él. Pero no podía ser. Sonia no conocía su afición por el alcohol, que había logrado hasta entonces ocultar con éxito incluso a sus mejores amigos. Así que decidió salirse por la tangente—. ¡No me lances una de tus diatribas antirreligiosas! Ni todos los ateos son maduros y equilibrados, como tú dices, ni todos los creyentes son débiles, ni mucho menos. Conozco a unos cuantos católicos convencidos que han sufrido en sus vidas verdaderas desgracias que habrían terminado con la resistencia de cualquiera, y están más equilibrados que tú y que yo... Aunque eso no es decir mucho, la verdad.

—Oye, habla por ti, que Sonia González está de lo más equilibrada. No soy yo la que pasa las noches mirando a las musarañas sin relacionarse con nadie. ¡Y pensar que tienes a la mitad de las becarias del equipo suspirando por ti!

—¡Bah! Eso no quiere decir nada. Tan sólo reconocen mi evidente superioridad intelectual, mi infinita sabiduría y mi atractivo incomparable. ¡Vamos, si a ti te pasa lo mismo!

—Bueno, es mejor que lo dejemos. Por lo menos te has alegrado un poco. Porque no creas que no he notado que no estabas precisamente exultante cuando he llegado. A veces creo que no te encuentras muy bien. Es como sí... no sé, como si no te sintieras a gusto contigo mismo. En fin, si un día quieres hablar de ello, sabes que puedes contar conmigo. Y si no quieres, pues tan amigos. Son las ventajas de no ser pareja. No tienes por qué suponer que cuando el otro no habla es que se siente culpable por alguna aventura, o bien oculta tras su silencio su intención de poner fin a la relación.

—Vaya, vaya. ¿Eso qué es? ¿Quizá la fría y calculadora mujer del siglo XXI cuenta en su misteriosa y oscura biografía con alguna desagradable experiencia sentimental que preferiría arrojar de sus recuerdos? —respondió David con ironía—. Bueno, aunque no me cuentes nada, yo sí lo haré... Algún día. Mientras, ¿qué tal sin planificamos un poco el trabajo de mañana? Quedan ya solo unas pocas semanas para poner fin a la campaña y deberíamos ir pensando en valorar lo conseguido y cuantificar lo que queda por hacer.

—¡Ya salió el profesor serio! Vale, jefe, como quieras. A fin de cuentas, para eso hemos venido aquí, al culo del mundo, a asarnos como corderos bíblicos. Además, hoy te reservaba una sorpresa, pero te he visto tan triste que hasta se me ha olvidado lo que venía a contarte.

—Anda, no te quejes, que yo sé que tú estás en Egipto como pez en el agua, que, por cierto, no te gusta mucho... ¿Una sorpresa? ¡No me digas más! ¡Tu equipo ha encontrado la tumba perdida del gran Imhotep, nada menos que aquí, en Luxor, bien lejos de su residencia en la vieja Menfis, justo el único sitio donde a nadie se le habría ocurrido buscar! ¿Verdad? Pues podías habérmelo dicho antes, porque seguro que lo sabes por lo menos desde ayer. Hoy era nuestro día de descanso, así que...

—Espera, espera... nadie lo sabe todavía, porque he sido yo misma quien lo ha descubierto. Desde que instalamos ese amasijo de cables y bombillas de veinticinco vatios que tú llamas iluminación eléctrica, suelo bajar por las noches a hacerle una visita a nuestro viejo amigo. No sé si será importante. ¿Cómo voy a saberlo, si en cuanto he podido he corrido aquí para decírtelo? Y te lo diré, si es que me dejas, claro. Lo único que sé es que lo que tomábamos por una simple estela de “falsa puerta” en una de las paredes laterales de la cámara principal es, en realidad, una puerta auténtica. Nos había pasado desapercibida porque parece un relieve. Apenas resalta unos milímetros sobre el muro que la rodea, pero estoy casi segura de que puede abrirse y de que hay algo al otro lado.

Realmente, la precisión con la que está ejecutada sorprende incluso a los ojos más entrenados. Mañana veremos. Quizá no sea nada más que otra estancia sin importancia, una cámara más, sin decorar, como las otras que se abren después de la principal.

—Bueno, en todo caso, habrá que verlo, aunque no ahora. Me gustaría que estuviera presente todo el equipo, o al menos, los que quepan, porque la cámara principal no es que sea muy grande. Además, no olvides que no tenemos permiso para excavar, sino solo para consolidar y adecentar el monumento, así que habría que solicitarlo al Consejo Supremo de Antigüedades... —dejó de hablar un momento—. ¿Sabes que has conseguido intrigarme? Sea lo que sea, nadie había reparado antes en su existencia. Ni Winlock, en los años veinte, ni Dorman, el estudioso más reciente del monumento. A lo mejor el viejo Sen-en-mut tiene más cosas que contarnos que sus supuestos amores con la preciosa Hatshepsut. Fue un personaje bastante importante, ya lo sabes. Incluso pudo haber sido faraón.

—Sí, claro que lo sé. He leído tu libro, ¿recuerdas? Y todos los demás. Aunque no soy especialista en el reinado de tu amiga, te recuerdo, porque parece que se te ha olvidado, que mi tesis versaba sobre la estructura de la Administración egipcia en la Dinastía XVIII, así que algo sé del asunto. No en vano, Sen-en-mut y el Sumo Sacerdote de Amón Hapuseneb tuvieron que formular una verdadera teoría político-religiosa de nuevo cuño para sostener el derecho de su amada soberana a ocupar el trono y ejercer todas las prerrogativas reservadas al dios viviente...

—Es verdad. Lo siento. No quería darte una clase... y mucho menos menospreciar tu excelente trabajo —la expresión de David se ensombreció de repente. El respeto profesional era una actitud profundamente arraigada en él y ni por asomo deseaba que un colega pudiera pensar que sentía poco aprecio por su labor. Incluso el menos brillante de los egiptólogos se había dejado una buena parte de su vida entre momias y papiros.

—No te preocupes —Sonia acarició fugazmente el dorso de la mano de David—. Además, la cosa cambiaría radicalmente si encontrásemos algo. Lo que ha comenzado como una misión de tres años con el objetivo de restaurar el monumento y dotar al Gobierno egipcio de un atractivo turístico más con el que llenarse sus corruptos bolsillos podría convertirse en una verdadera expedición arqueológica.

—¡Sonia, por Dios, modera tu lenguaje! Alguien podría oírnos e irles con el cuento a los burócratas del Consejo Supremo de Antigüedades! ¡Y no nos conviene morder la mano que nos da de comer! Eso que tú criticas tanto se hace también en Europa con el fin de acercar a la gente los descubrimientos arqueológicos. De otra forma, sólo sabríamos de ellos los cuatro eruditos locos que los han sacado a la luz y los otros cuatro que, como nosotros, leen sus aburridos libros. Incluso tiene un nombre; se llama musealización. Y se hacen congresos sobre el tema desde hace unos años; lo sabes de sobra. Además, la finalidad de nuestro trabajo es también científica y de protección de los restos. Recuerda que hemos venido a construir un pabellón didáctico y una reproducción exterior de la tumba que haga innecesarias, o menos frecuentes, las visitas a la verdadera.

—¡Ya! ¡Vamos, que sólo nos falta diseñar un parque temático! Cualquiera día de estos le pedirán financiación a la Warner a cambio de permitirle instalar unas cuantas atracciones y un par de hoteles de lujo. Esto no es arqueología, es economía, es interés, es, es... ¡jodido negocio!

Ya estaban otra vez. Lo que había empezado como una tonta conversación sin importancia, con su consabida ración de inocente flirteo, había derivado hacia una discusión sobre lo que debía y no debía ser la arqueología. Sonia era una purista. Era una de las cosas que le gustaban de ella. Defendía con vehemencia lo que amaba y no aceptaba nada que pudiera corromperlo. Pero no entendía que él, como director del Instituto, no podía permitirse tantos escrúpulos. Las expediciones requerían financiación, y si el Ministerio y la Universidad, por medio de una subvención al IEEF, decidían

aportarla, debían aceptar las condiciones impuestas por el Gobierno egipcio. No había otro modo de trabajar. No era cuestión de ponerse digno. O lo tomabas o lo dejabas. Y si tú lo dejabas, había muchos detrás esperando turno.

Por otro lado, no podía negar que aquélla no era precisamente la expedición con la que siempre había soñado, por lo menos hasta el momento. No es que no tuviera su importancia. Sen-en-mut había sido un personaje clave en la historia de la XVIII Dinastía. Se conservaban más de veinte estatuas que lo representaban en actitudes muy diversas. Llegó a acumular cerca de un centenar de altos cargos. Desempeñó un papel muy relevante en la corte de la reina Hatshepsut, de quien fue primero preceptor y luego amante. Y se convirtió, al menos durante un tiempo, en un faraón sin corona, el verdadero señor de las Dos Tierras.

Sin embargo, no eran ésas las razones del intenso interés que el viejo Sen despertaba en él. Su personalidad le resultaba muy atractiva, pero más por similitud con la suya propia que por su importancia histórica objetiva. Como él, provenía de una familia humilde, que había logrado la promoción social gracias a su propio esfuerzo. Como trataba de hacer él, había dominado su propia ambición y la había puesto al servicio de ideales más elevados. Y, también como él, había tratado de hacer cosas por las que se le recordase tras su muerte. Sen sin duda amaba a su reina, y por ello se valió de su considerable red de influencias para asegurar su trono, en lugar de tratar de ocuparlo él mismo, como habrían hecho otros hombres con menos escrúpulos. Debió de ser una persona honrada, íntegra, al menos según los parámetros de su época, en la que el trono estaba vedado a las gentes de origen plebeyo, por grandes que fueran sus méritos... Y además, cómo olvidarlo, le había regalado al mundo uno de los edificios más hermosos de todos los tiempos, el Djoser-Djeseru, la Maravilla de las Maravillas, el Templo de Millones de Años de Deir el Bahari, que visitaban cada año millones de turistas...

—¿Qué? ¿Otra vez en las nubes, jefe? En cuanto no encuentras argumentos con que defenderte subes al carro de

Ra, asciendes a los cielos y abandonas este mundo indigno de tus saberes superiores, ¿no? –intervino al fin Sonia, interrumpiendo sus cavilaciones. Tenía razón. Aunque no se trataba de algo intencionado, no era de buena educación quedarse callado como una momia en mitad de una conversación, con la mirada perdida, como si le importara un bledo lo que tuviera que decir su interlocutor... tenía que pedir disculpas.

—No, ya sabes que no es eso, de verdad, perdona –respondió enseguida—. Pero más vale que dejemos esta conversación. Cuando tengas mi edad y mis responsabilidades verás las cosas de otro modo. Ahora vamos a la cama –dijo mientras se levantaba con un enérgico salto, impropio de un hombre tan corpulento—. Mañana nos espera otra larga jornada de trabajo y conviene que estemos despiertos, sobre todo si al final resulta, mira por dónde, que se oculta algo importante tras esa puerta. Además, sabes que admiro tu profesionalidad. No podría encontrar un ayudante mejor que tú aunque lo buscará en el interior de la Gran Pirámide.

—Seguro que allí no, desde luego. Venga, tienes razón. Los ancianitos de treinta y siete años recién cumplidos tienen que retirarse pronto a dormir. Buenas noches, viejo. Que sueñes con los angelitos, o mejor, con las angelitas, que no te vendría mal –dijo alegremente mientras le plantaba un sonoro beso en la velluda mejilla.

—Mira quién fue a hablar, la reina virgen. ¿Pero es que también de eso quieres darme lecciones?

—Oye, oye, no hables de lo que no sabes. Venga, mañana nos vemos.